

CARTA A UN MÚSICO AMIGO SOBRE VICTORIA DE LOS ÁNGELES

Madrid, 1985

Ya sabes que desde hace mucho vengo acariciando la idea de escribir unas páginas sobre la muy sutil y vigorosa singularidad de Victoria de los Ángeles, o más exactamente, sobre ese... *milagro musical* suyo -quizá *sólo* suyo en todo nuestro tiempo, o, por lo menos, *muy decididamente* suyo, aunque puedan existir otros, ya que también hemos podido oírles música verdadera, primordial, originaria, a una Wanda Landowska, a un Walter Gieseking, a una Marian Anderson, a un Casals, a un Segovia, y... a muy pocos más-; páginas, claro es, que irían a juntarse con otras muchas de ese apartado de mis escritos que llamara, precisamente, “Milagro español”, y del que sólo se conocen algunos fragmentos. Pero he ido dejándolo siempre, sin prisa, ni... pereza, para más tarde, quizá porque no se trataba (como pude darme cuenta en seguida) de algo... temporal.

La música, la música verdadera, cierta, no es algo que *suen*a y que *suced*e en el tiempo, sino algo, diríamos, mucho más inasequible, más difícil, más recóndito; algo que ya existe, sin duda, antes de sonar, y que... permanece después de haber sonado, o sea, algo que está perennemente *ahí*, en una especie de *silencio* vivo. Lo demás -todo eso que sólo se produce y existe en el tiempo-, ya se sabe, no es más que ruido (como dijera aquel), un ruido más o menos feliz y más o menos meritorio; es un ruido demasiado material, es una ruidosa materialidad, vacía precisamente de música, y que, confundidos, buscan afanosamente y escuchan arrobados multitud de... melómanos, musicólogos, críticos y... gustadores. Sí, así es de rara y enigmática la substancia de la música, como lo es asimismo la substancia del baile o la del toreo -por lo demás, entreverados también de música-, ya que por un lado *parecen* darse y manifestarse en el tiempo, y por otro *sabemos* que no pertenecen a él.

En realidad, ninguna de las artes -la poesía, la música, la pintura, la escultura, el baile, el toreo- pertenecen al tiempo ni al... espacio, mientras que nosotros sí; de ahí su dificultad extrema, ya que tanto creadores como gustadores tendremos que llevarlas a cabo y gustarlas en una especie de terreno de nadie, desértico, de una soledad radical, aunque no dramática, sino rica y vívida. Escribir poesía o música, pintar, modelar, bailar, torear, e incluso todo ello hacerlo magistralmente, no es que sea fácil, claro, pero la verdadera y más seria, más profunda dificultad es muy otra: es poder, llegar a poder, desde *aquí*, entrar en relación, en comunicación, con lo de *allí*, con aquellos enigmáticos manantiales.

La relación, la comunicación de Victoria de los Ángeles con la música (como ya te dijera, hace años, en Roma, donde la oímos juntos) no es sólo una relación de intérprete, de gran intérprete, sino de... *creador*, y no porque altere la escritura de Haendel, Mozart, Schubert, Massenet, Debussy, sustituyéndola con una invención propia, sino porque, antes de tropezarse con la escritura de éstos, parece como si se hubiese tropezado ya con ellos en... la música, en la concavidad de la música, en donde habita la pura y sola música -pues no hay más que una-; se encuentra con ellos, diríamos, allí, y ya con ellos, con cada uno de ellos, y junto con la música que ha ido, como ellos, a recoger en la fuente misma, primordial, de la música, puede venir hasta nosotros para darnos, no una *versión* -no una interpretación- de tal lied de Schubert o del *Porgi amor* de Mozart, sino *algo*, diríase, como una... *totalidad*.

La mejor crítica especializada -la mejor *posible*, pero siempre, claro, como es su costumbre, sin espíritu- ha podido, con sobrada razón, señalar en Victoria de los Ángeles su “elegancia de estilo”, su “fraseo excepcional”, su “dicción clara y limpia”, la “belleza de su voz”, la “pureza de su timbre”, la “facilidad de su técnica”, el famoso “velutato”, e incluso algunos críticos... mejores han podido entrever, entreoír, intuir... *eso* que hay, decididamente, en su canto, de tan singular, de tan inefable. Pero ahí se detiene todo. Porque a la crítica -no sólo a la crítica de música, sino a la de cualquiera otra de las artes- no se le ocurre nunca pensar en el... espíritu, y mucho menos, claro está, en el... alma. Pero esos dos misterios existen. Es decir, casi no existe más que *eso* verdaderamente.

El día en que le oyera la *Manon* de Massenet pude darme cuenta de que Victoria no es, simplemente, una gran cantante -aunque, claro, también lo es-, sino algo más, mucho más, o sea: un gran espíritu. Conforme avanzaba esta ópera, me atreveré a decir, finamente dulzona, me di cuenta de que Victoria, sin falsearla, sin retocarla lo más mínimo, iba, diríamos, *elevándola*, no haciéndola otra, sino subiéndola hasta sí misma, hasta la ópera misma que no había logrado ser, pero que estaba allí como agazapada, como escondida. Me di cuenta de que Victoria había llegado, con el sentimiento -no con un sentimiento... sentimental, sino musical, estrictamente musical-, al centro de una ópera más bien modesta, aunque inspirada, y había encontrado en su dentro a un músico tan sensible, o más que Massenet, pero sobre todo, mucho más *fuerte*. Había visto, sentido, que en Massenet dormía Debussy, y Victoria lo había despertado. Lo había evidenciado, como sin querer.

Todo esto no es todo, pero no quiero adelantarte cosas que no están completamente decididas. Sigo, pues, trabajando.

En cuanto a eso de procurar ser o hacerme más... *comprensible*, no pienso dar ni un paso, y no por una terquedad que sería estúpida por mi parte, sino porque no tiene ningún sentido eso de “hacerse comprender” -en realidad, comprender es una cuestión del otro-; debemos, eso sí, expresarnos con la mayor claridad posible, pero no hacernos comprender, ya que entonces nos pasamos peligrosamente al terreno ajeno del vecino, o sea, nos alejamos de nosotros, nos falseamos.

OBRA COMPLETA, Tomo I
Pre-textos, Valencia, 1990